

Timoteo al partir nuevamente su carro iba feliz, porque dejaba en tierra a alguien que había bajado del tranvía en precarias condiciones físicas de las plantares extremidades. El Inspector "Cara de Perro", que ahora la había cambiado por una de dolor hecho cara, a quien él, adrede le había propinado tan feroz pisotón. Este truhán de cobrador 215 se decía para sí, a manera de descargar su conciencia:

—"Qué diablo, pues Jefe!, no me quedaba otra cosa que esta treta de pisarle los callitos pa' que no me revisara usted el carro que venía "malulo". Si no lo hago así, me había "cazado". ¡Suerte que se me ocurrió que usted era sufrío de los callos! ¡Que si no se los piso, me manda "al buche" no más como que hay Dios!" —mientras esto se decía para sí en voz baja Timoteo, se alejaba más y más el carro. Y él veía disminuirse la figura de su sacrificado Jefe, que cercano aún ahí estaba, y luego se apreciaba desde lejos su ridícula posición, de estar parado sostenido sólo por uno de sus pies, el que se libró de ser pisoteado. El otro se lo sobaba con humilde cuidado, pareciendo desde lejos que era un ejemplar de ave de la familia palmípedas zancudas. El Inspector mártir parado en esa rara posición, parecía un gigantesco flamenco sostenido en sólo una de sus patas.

¿YO PILULO? ¡NO! YO CHEL ELIA CHUN CHEN, ¡YO NO CHEL PILULO, CALAMBA!

Otra noche el cobrador 215, Timoteo Villalobos, iba en su carro de ruidoso andar. Estos en las noches, a altas horas, parecía que fueran más tranvías, más vehículos, por su crepitar de sonajeras de hierro a su deslizamiento por sus líneas. Feliz iba Timoteo por la calle de Chacabuco rumbo al dormitorio de los carros, el Depósito Cueto, lugar de reunión de la mayoría de las líneas de tranvías santiaguinos. Terreno donde con seguridad se contaban a medianoche, en forma secreta e imperceptible al oído humano, algunos secretillos unos con otros los cansados y agotados tranvías. Con toda seguridad ellos también deben tener sus almas, inquietas y ambiciones como cualquier mortal. Deben con seguridad disponer igual de vanidades y envidias, al contarse entre ellos las peripecias del día de trabajo que terminó. Deben algunos carros

ponerse ensoberbecidos, orgullosos y necios, porque sus ruedas patinaron y rodaron por la aristocrática Avenida de la Providencia, reducto de familias que han hecho en llamar "bien", debe ser esto, porque comen bien y más que los otros, que no disponen de aquel epíteto. Y todos esos tranvías miraban con hipócrita vanidad, a las ruedas de los otros carros que corrieron sobre los rieles tirados como largas mangueras sobre la tierra del barrio Pila del Ganso. O aquella, la que se deslizó en forma suave por la chic calle de Los Huérfanos, o calle Compañía, observaban con fiero desdén e indisoluble orgullo, a las desdichadas ruedas que ese mismo día cruzaron toda la jornada el popular barrio San Diego, foco de hombres patibularios y guapos, ruedas que conocieron el hedor a Matadero, a guatitas, sangre, patas, mollejas y olor a chunchules.

A esas horas de la noche, los cansados carros llevaban a cuesta a sus pilotos más cansados aún. Eran pocos los asientos que aún conservaban pasajeros sobre ellos, los que subían al tranvía, querían explotar el postrer recorrido que iban haciendo para ir a guardarse, no queriendo pagar su justo y correcto pasaje. Querían que los llevaran a "la bolsa". Algunas veces era así. Pero las más de las veces, los mismos cobradores se encargaban de "quachapearse" para ellos el producto de los que cancelaban los cómodos transeúntes, que a pesar que los carros de retirada, tranqueaban de muy mala gana las pocas cuadras que distaban del Hangar Tranviario. No querían andarlas sobre sus zapatos, algunos por exceso de comodidad, y porque era tan exiguo el pago: de sólo veinte centavos. Otros por alguna posible rebelde dureza plantar en sus pies, que es conocidísima, dolorosa su acción y martirio quien los lleva, produciéndole al dueño de estos callos, poco garbo y nada de gracia en el andar.

Era una costumbre viejísima, que pasajero que subía al carro de retirada en ese "apetitoso" trayecto, el cobrador al cobrarle el pasaje, de todo le podía dar al que pagaba: las gracias, el vuelto, un cigarrillo, las buenas noches, darle de todo, ¡menos el boleto! ¡Eso no se lo cortaban nunca!, dejándose para ellos esa moneda cancelativa, usurpando ese dinero. ¿Para qué cortaban boletos?, ¿para qué?, ¡si quedaba tan poco de camino!

Esto lo maliciaba hacía tiempo el Jefe Márquez, y por eso precisamente una oscura noche, se dedicó a poder encontrar algún cobrador que le diera la razón y veracidad de lo que se decía por ahí dentro de los cambullones que él, con sus oídos, bien abiertos

los tímpanos, captó cual humano radar y de soslayo, el infinito comentario al pasar cerca de un grupito de "vivos cobradores" que se contaban entre ellos, cual hazañas guerreras, sus últimas diabluras o nuevas tácticas de original modelo y flamantes sistemas para "el trabajo", y gozaban al mismo tiempo, contándose que el "filón" seguía firme ese de la calle Chacabuco desde la Estación Central al Depósito, sector que jamás nunca era fiscalizado por la Inspección trecho tan rico en "veta" pasajeril, si acaso se permite esta horrenda acepción.

Esa noche subió de improviso Márquez al primer carro que pasó. Desde una esquina negra y oscura abordó el tranvía con la esperanza que le dió una "tincá", que tendría que "cazar" al susodicho cobrador en este carro. Este traía sólo un pasajero sentado. En su interior se dijo para sí el inquieto e insobornable Jefe Márquez.

—"Fijo que a este pasajero no le ha dado boleto, le ha "cortado la cabeza", (esta frase sintetizaba en idioma tranviario, cobrar el pasaje y no dar boleto). Pensaba esto Márquez al ver la presencia de quien tenía por delante, y notar al cobrador, que no era otro que el de placa número 215, y de nombre Timoteo Villalobos. Le pidió la hoja de control de boletos, el cobrador se puso tiritón. "¡Lo iban a pillar!" "¡Lo habían "cazado"!" Pero su cabeza era un monumento de coordinación para encontrar solución en los grandes "tetes" que se metía constantemente. Ella otra vez le iluminó con una idea, una más nueva de las que infinidades le había propuesto su masa encefálica, para que se desenredara de los eternos conflictos en que se hundía siempre, por culpa del insaciable afán de lucro fuera de las reglas de la corrección. Si del peso del cerebro se da una pauta de lo inteligente y hábil que puede ser su dueño, el de Timoteo debía de sobrepasar el peso en muchas docenas de gramos, de dos cabezas juntas más de lo normal. ¡Mucho más!

—"Buenas noches, mi Jefe, está helá la noche, ¿no?, hace un "concho e' frío". "Oiga Jefe, ese que va sentado ahí de espaldas es hermano mío, me viene a esperar el cargante a la salía del Depósito pa' que le pague, ¿será cobraor?. Yo le debo, cierto, una plata, y pa' que yo se la pague me viene a esperarme al Depósito. ¿será desconfiado mi hermanito, Jefe?, ¿ah?" —dijo con zalamerías palabras Timoteo, tratando de agarrar a "cuento" al Jefe.

El Jefe seguía cabeza gacha, pendiente por un lado de los datos de la hoja control del cobrador y de lo que estaba contando Timoteo.

—“Oiga, Jefe, así como le icía, como ese es mi hermano y anda retrasao, ¡no le cobré na pú, lo llevo “así” no más, como se va ir junto conmigo, ¡qué lo va echar uno pa’abajo a un hermano aunque le venga a cobrar!, ¡no es cierto, Jefe?”

—“¡Pero es cierto que es hermano suyo?, ¡no me la estará contando chueca?, ¡ah?”

—“¡No Jefe!, ¡si es mi hermano Perico!, ¡le hicimos “el Pirulo”!

—“¡Ah, sí!, ¡el Pirulo?, ¡ah?, ¡mire que usted no ha vendido ningún boleto!, el rollo lo lleva igual como partió de la Estación, ¡ah?”

—“¡Si no me ha subido nadie más que mi hermano “el Pirulo” no más, pues Jefe!”

Medio dudando de lo que decía Timoteo por los infinitos recursos y mentiras que se valían los cobradores para “sacárselas”, no se la tragaba así no más el Jefe Márquez. Timoteo también dudaba que pudiera creer su engaño el Jefe, ¿o le iría a pasar el grave parte? Y temía también que fuera hablarle a su “misterioso hermano”.

—“¡Por un hermano sin cobrarle qué me va aforrar, Jefe!, ¿cierto? ¿Usted, Jefe, no tiene hermano?, ¡ah? —decía con voz posiza el audaz y bribón Timoteo.

No contestó nada Márquez. Primera vez que se veía acorralado en un caso de conciencia, él también tenía hermanos arruinados. Se le hacía duro y cruel condecorar con un parte a este sumiso cobrador, por llevar de “pavo”, o no cobrarle a un miembro familiar tan cercano como es un hermano. Tremendo era su dilema. Por un lado estaba su estricta conducta funcionaria fiscalizadora, y por el otro ángulo el caso humano y de conciencia; sí, porque él también no era distinto a cualquier mortal, sentía los mismos vaivenes y crudeza del tirano destino, y no iba a ser la excepción por llevar uniforme y gorra de paño azul. Le pasó la carpeta a Timoteo, aprontándose a bajarse del carro dando con esta actitud, haber creído lo que el cobrador le había dicho. Con esto quedaba ratificada la buena acogida de lo que Timoteo le había pedido, le disculpaba por llevar pasajero sin cobrarle su boleto. Al recibirle la carpeta el cobrador 215, que le pasaba el Jefe, era seña que éste se había “tragado la píldora”. Se había escapado “jabonado” de ser sorprendido y sancionado. Ya Timoteo se consideraba salvado de otra nueva y otra más de sus innumerables

hazañas tranviarias, gracias a que él severo y recto Jefe, tenía guardado en su organismo un poquito de buen corazón. No todo era en él severidad y disciplina. Pero, al intentar bajarse del carro este ladino Jefe, le dió una "tincada" en este justificadísimo caso de verle la cara al "hermano", por si éste tenía idénticas facciones del cobrador, o algún aire de familia. Entró al pasillo del carro sólo con intención de darle una rápida mirada a la cara del único hombre que iba sentado con su espalda a la vista. Lo hizo con el fin de sacarse esa espina que le clavó como un rayo la duda en ese milésimo de segundo. Pasó muy cerca del "hermano", y al salir a la plataforma delantera del maquinista, se dió una media vuelta con dos precisas intenciones, la primera y medular era de observarle la cara al arruinado y acreedor "Pirulo", "hermano" del cobrador. La segunda, pero esto era sólo un pretexto, cerrar las dos hojas de las puertas delanteras. Cuando Márquez le lanzó como un rayo eléctrico la primera mirada de reconocimiento, quedó como paralogizado y sorprendido de lo que vió. La cara del que iba sentado ahí, ¡era la cara de un japonés o de un chino! El que creía que era hermano de Timoteo Villalobos cobrador 215, tenía los rasgos faciales inconfundibles entre miles, de un compatriota de la raza milenaria de Confucio o Sut-Yat-Sen. La tez color limón viejo, no la podía disimular aunque era de noche, demostrando que era un hombre amarillo. Sus oblicuos ojitos de vivaratoncito, daban la inmensa firmeza que él y sus pretéritos ancestros provenían del Asia. Cuando lo observó bien, que sería cosa de diez segundos, no le cabía ninguna duda que el "hermano" que tenía ante su vista era todo un completo señor asiático. Sería chino, o japonés, pero de lo que estaba seguro es que no era de este continente de habla española. Total: un asiático. Porque por mucho que hubiera patiperreado por el mundo el padre del cobrador del carro, no habría llegado al extremo de haberle obsequiado este hermano amarillo desde tan lejos a su chilénísimo hijo Timoteo Villalobos Pérez, ahora enfundado por el gris uniforme de cobrador...

El Jefe Márquez todo esto lo pensó en un par de segundos y lo vió como en una cinta magnética, y pensó lo que tenía que pensar, que había sido infantilmente engañado. ¡Lo habían "hecho leso"! y bien leso por el famoso cobrador 215, el de los bigotes puntiagudos y enroscados, a lo "Kaiser". El Jefe burlado le dió a éste una significativa e interrogante mirada, como diciéndole

con gruesas palabras: —“¡Y este canaca era tu hermano? ¿Me crees que me la voy a tragar?, ¿me has visto cara de estúpido?... Para cerciorarse mejor y no tener un remordimiento posterior, y se esfumara por completo la duda, decidió abordar al evidente kanakita para hacerlo hablar, para ver si era japonés en todo, de cara y de lengua. Quería oírle sus presumibles guturales sonidos vocales, palabras que diría y pronunciaría tradicionalmente deformadas con una rapidez vertiginosa, con su asiática lengua, que parece que éstos continuamente andan con un pedazo de camote caliente en la boca. Se dirigió donde él y le lanzó esta frase:

—“Su boleto señor”.

—¡Nó, nó, yó no tenel lo boleto! el cobladol cobló, pelo no lió lo boleto”, —diciendo esto el irascible hombrecito huesudo, accionaba con brazos y manos con increíble energía para su flaca contextura física. Las palabras mal dichas en tan mal castellano, le salían a borbotones de su magra y amarilla boca a medida que quería explicar, y se desesperaba porque no lo conseguía muy bien. Se daba vuelta inquieto hacia atrás para divisarle la cara al Cobrador causante de este bochorno que estaba pasando.

—“¿Entonces usted no es el “Pirulo”?” —le dijo el Jefe al extrañado asiático.

—¿Qué cocha Pilulo? ¿qué es echo Pilulo? ¿por qué yo se Pilulo?

—“¿Entonces usted no es el hermano de este Cobrador, a quien le dicen el “Pirulo”?”

—¡Yo no tenel nunca helmano!, ¡y no llamal Pilulo!, yo llamal Elia Chung Chen, yo nunca nadie a mi llamal ¡Pilulo! ¡Pilulo!, yo tenel calnichelia la ma glande de Chan Pablo, Canichelia “La Flol le Oliente” ¡calamba!

—“¡Pero cómo! ¿entonces usted le pagó el pasaje al Cobrador de este carro?”

—¡Chi! ¡clalo! ¡clalo!, yo pagal apenas chuvé a lo calo, yo le li una chaucha a coblalol, pelo coblalol no le dió na lu boleto a mi ¡chi! ¡coblalol vivo, y yo pagal lo pato! ¡nó! ¡nó! —terminó exclamando con energía el chinito, demostrando su completo dominio al lenguaje arrabalero, y demostrando con ésto, ser avecindado ya buen tiempo en Chile, al descubrirle la figura y mascarada que había hecho con él este Cobrador chileno, para apoderarse de su chauchita. Por eso ninguna palabra le salió más acertada cuando llamó de: “vivo” a este Cobrador.

El Jefe Márquez con todo esto a la vista, vió que este hombre no tenía nada de "Pirulo". Era ajeno al cobrador, demostrado a pesar del divertido intríngulis casi incoherente de frases dichas por el pasajero del lejano Continente Asiático. Una cosa estaba clara y resplandecía, el cobrador 215 Timoteo Villalobos, el de los bigotitos a lo Kaiser, había engañado a los dos, al chinito y a su Jefe chinito. Nunca se le había ocurrido ni pensó este barrabás de Timoteo, que esa chauchita recortada al pequeño insignificante casi cadavérico ciudadano, vecino fronterizo del dragonesco Imperio, con facha de una actividad que estos huesudos y limitados de grasa adiposidad sus cuerpos asiáticos, parecen ser vitalicios a ella; ser carniceros, le iba a salir costándole cuatro días de suspensión de su trabajo con que lo premiaron, arrebatándole a su sueldo, más de quinientas monedas del mismo valor y dimensión, de la que le pagó el canaca conciudadano de Confucio o del Barón de Yamashita por un boleto a Timoteo, boleto que éste jamás le cortó ni por broma.

SIGUE TIMOTEO... SU "CRITICA" SITUACION: PEDIR PEDIR Y PEDIR, SU CINICO Y "TEATRAL" PAÑUELO

Por una muy natural defensa de sus intereses en juego, y aspiración natural comercial que ansiaban de la sobrevivencia de la Empresa, y por la minúscula ética comercial que le animaba para bien de su capital, a ese Cobrador 215 Timoteo Villalobos, la Superioridad optó con muy buenísimo y oportuno acuerdo, de alejarlo del puesto que tenía de Cobrador de sus miles y miles de clientes eventuales y fugaces. Y fué así como dejó de ser el Cobrador número 215, y pasó a ocupar el cargo siempre numerado, de Maquinista número 866. En este nuevo cargo y puesto más técnico que intelectual, Timoteo parecía que no se avenía con todo gusto en el manejo del tranvía. No le demostraba mucho apego al "Controllers", corazón y alma del tranvía, elaborados por hábiles manos alemanas y fabricados en inmensas usinas germanas, en cuya cubierta de doradísimo bronce, estaban como bordadas a fuego Europeo, las letras que en muchos países del Orbe, paseaban estas cuatro palabras mágicas: "Allgemeine Electricitäts Gesellschaft Berlín". Desde esa bronceada cubierta, partían los bas-

tones de mando", para hacer mover y detener el carro a voluntad de su piloto. El Maquinista de estos tranvías, casi siempre ignoraba todo el misterio de esa cajita donde iban tapados engranajes, cilindros, contactos, etc., no comprendía nada qué era lo que movía el carro, pero sus toscas manos hacían moverse el conjunto de fierros misteriosos, que formaba un tranvía eléctrico.

A pesar que a Timoteo ahora Maquinista 866, tenía realmente una cara ni ex profeso para maquinista, no le atraía el puesto, sus ojillos vivaces y observadores, eran garantía de buena visión, sus enormes bigotes infundían gravedad y respeto. Su eterno aderezamiento de esos mostachos negrísimos, semejantes a los del pintor subrealista Salvador Dali, más respeto inspiraban. Su cuidadoso y meticuloso afán que demostraba, de aguzarse más y más los bigotes hacia arriba, le permitía ver que los que lo divisaban en esa coquetona faena de masculina toilette, le distinguían mayor invisible aprecio y respeto, por esos bigotazos al estilo del Rey de Prusia y Emperador de Alemania, el Kaiser Guillermo II de la casa Germana de los Honzollern, soberano de la Alemania Imperial de la Guerra Mundial del año 14.

Ese maquinista 866, desde que subía a su plataforma a cumplir su jornada de conductor, era un continuo mirar y mirar a su alrededor por doquier. El que no le conocía, e ignoraba que era el gran Timoteo Villalobos, no se daba cuenta qué era lo que miraba tanto este Maquinista bigotudo. El objeto de esta insistencia en su continuo vigilar, era ver qué clase de gente era la que acarreaba como pasajeros cerca de él, allegados al sitio del motor del vehículo. Timoteo a todas las caras les hacía una rápida inspección ocular con su par de ojillos repletos de malicia e ingenio, para vislumbrar en ellos, a alguna futura "buena persona" para "contarle el cuento", en esta faena como se comprende, este Maquinista ex Cobrador 215, era un verdadero juglar de las más diversas y extrañas situaciones en que se veía envuelto tupidísimas veces.

En cierta ocasión, trabajando en su habitual puesto de Maquinista en el recorrido N° 32 Avenida Latorre, recorrido de tranvía que servía a toda la numerosísima población que tiene sus viviendas por la Alameda abajo en la parte Poniente de la Capital. Los clientes de este carrito, eran en su gran mayoría obreros o gentes de escasísimas rentas en sus salarios, con pocas probabilidades de un futuro holgado y pasar económico. Esto parece ser en

todos los países, la uniformidad igual de esta paradoja. Cuando se pregunta ¿en qué barrio viven los trabajadores y obreros?, siempre ellos habitan en los barrios más abandonados, hoscos, mal olientes, por lo general los más insalubres de la ciudad, a pesar que sus moradores sarcásticamente, son los que construyen, producen, y crean, los más modernos, los más bellos e higiénicos edificios y mansiones y cooperan al máximo de la comodidad, justo y buen pasar, pero... para otros; para ellos: la mugre, pestilencia, escasez de higiene, aridez y abandono total. Pero así y todo, este truhán de Timoteo Villalobos andaba "laucheando" a crédulos pasajeros, para aprovecharse de su bendita credulidad. Ese día se desesperaba por sacar partido y maquila de los demás, mientras su diestra hacía mover su manivela de su vehículo, observaba a un pasajero que le "descubrió" cara de inocente. Iba leyendo entusiasmado éste una Revista Infantil, lo abordó, pero no sin antes poner una exacta cara de "hombre humilde y fatal", semblante de circunstancia, factor esencial para pedir un favor con mira de éxito, lo miró lánguidamente y le dijo:

—“Ud. joven, qué feliz será ¿no?”

—¿Feliz yo?, ¿por qué cree usted?, —le replicó asustado el pasajero dejando de leer.

—Por qué si pues, no ve, le alcanza pa comprar hasta Revistas pa leer... en cambio yo...

—¿Qué usted no puede comprarlas?, ¿no tiene plata?

—No sería na eso joven, no me alcanza con lo que gano, tengo que darle de comer a 9 hijos y la "patronata", son diez bocas. ¿Se dá cuenta joven? ¿Usted... no tuviera que me prestara unos cinco pesitos por hoy no más?

—¿Cinco pesos? —repitió extrañado el pasajero, metiéndose la mano de mala gana al bolsillo, con intenciones de buscarse algo parecido a lo que le pedía este Maquinista.

—Le agradecería re harto este favor joven, con estos cinco pesos, le haría un caldillito de pescado a los cabros, que quearon sin comer y sin ni cobre en la casa.

—Tome, pero después me lo pagará, ¿cierto?

—Descuide Ud. patroncito, esto no se me olviará renuncia a mí —dijo Timoteo, mientras con una mano le arrebataba con una velocidad a chorro el azulino billete de cinco pesos, y con la otra mano apretaba y daba vuelta la palanca de frenos del carro línea 32. Luego el joven pasajero bondadoso y buen corazón que se apia-

dó de los "nueve hijos" del Maquinista que estaban sin comer, descendió del carro en una de las intrincadas calles del antiguo barrio La Pila del Ganso; Timoteo al verlo bajar lo saludó militarmente con una mano extendida tocándose la gorra, y teatralmente sacó de sus bolsillos un inmenso pañuelo que usaba constantemente para su "escena" de secarse los ojos, como demostración visible que su alma se enternecía, y acudían a sus lagrimales de sus pillos y habilosos ojos, unas postizas lágrimas al comprobar la benéfica acción que casi siempre hacían sus inocentonas víctimas en su favor, enterneciéndolo con tanta fuerza, que le "salían" para afuera "lágrimas" de emoción y gratitud. Este cómplice pañuelo blanco se le veía a lo lejos a más de tres cuadras, lo hacía actuar siempre en esas grandes ocasiones, cuando daban resultado sus estratagemas constantes de pedir y pedir. Mientras se alejaba el rítmico y bullicioso carro, adrede hacía notar y mostraba al reciente benefactor pasajero, que aun se enjugaba las lágrimas por su gran acción que había hecho, y el joven, ex pasajero, seguía su camino rumbo a su casa, sin olvidar y pensar en este pobre maquinista con tantas bocas que dar de comer, y se decía para sí:

—¡Pobre hombre! ¡Tan agradecido por lo que le pasé, si llegó hasta llorar, todavía se va secándose las lágrimas, ¡pobre hombre! ¡Y el pobre hombre!, recíprocamente para sí exclamaba de quien lo compadecía:

—¡Pero cayó! ¡cayó! con una "quina" siquiera, el mata e trola —significando con esta acepción, el valor que se le da al billete de cinco pesos entre la gente de barrio pobre y el populacho. Demás está al decir y explicar, que las lágrimas estaban muy distantes del lagrimal de Timoteo, cuando éste sacaba a relucir su inmenso pañuelo teatral, como avisando a grandes voces sin palabras que estaba llorando, y ahí en él, estaba secando las incontenibles "lágrimas" de gratitud, tan falsas, como falso e imaginario eran esos numerosos nueve hijos que decía, que no tenían ni qué comer.

En el mismo carro en el trayecto hacia el Poniente de la Alameda de Las Delicias, otro pasajero tuvo la fatal ocurrencia irse junto al maquinista por la escasez de espacio en el interior del carro. Su vestimenta era muy irregular y distinta a las que comúnmente usaban los que viajaban siempre en la plataforma del carro que transportaba gente del barrio Pila. Su terno era impecable, el canimir no sería de otro país; pero se veía a lo lejos que era fino,

calidad y cualidad no común en esos contornos, detalle especial éste que no pasó desapercibido por las inteligentes pupilas de la cara de Timoteo, que valoró el terno completo de una sola hojeada, sobándose las manos interiormente en su imaginación que este cliente le auguraba futuro seguro en lo que ya pensaba, sus trabajosos sesos iniciaron la forma de "chantagearlo", y explotarles el lado raquíptico y flaco. Como iba muy junto a él, casi pegado a la tapa del Controllers del motor, Timoteo mientras hacía sin mirar los cambios de velocidad en su prosaica manivela del motor, se allegó de lado más a este caballero de buen terno, y con su vista media la estatura y la talla del pasajero, acercando mucho los ojos a los hombros de él, luego rápidamente se miraba los suyos, como comparándose su estatura con la de ese caballero con tan buena ropa, éste molesto con tan rara y constante acción del Maquinista, le dió una interrogante mirada como diciéndole:

—Oiga usted, ¿qué es lo que me mira tanto en los hombros y después se mira los suyos, ah? —pero no le dijo frase alguna al maquinista indiscreto y molesto. No se atrevía el pasajero de buen casimir, herir injustamente al llamarle la atención a este pobre maquinista; pero como si estuviera de acuerdo secretamente, Timoteo, el "pobre Maquinista", se atrevió él entonces a romper el silencio de este diálogo, que sólo se estaba efectuando con los ojos. Acercándose mucho más hombro con hombro, dejándose ver su cara que se transfiguraba en un completo exponente de ¡pobre hombre!, ponía ojos de cordero al degollarlo. Tan triste cara ponía, que nunca le falló sus chantagistas pedidos, y así con esa cara le dijo al caballero bien terneado sin despejar la vista a su hombro derecho:

—"Tenemos la misma estatura los dos caallero. ¡No ve! ¡No ve! ¡No tuviera usted caallero... un paltocito, o un ternito viejito que no le sirviera y no lo usara más, pa mí? ¡A mí me recondenara que la ropa suya me quean a la virulí! ¡Ni e medida! Usted tiene mi misma talla caallero, ¡ejem! ¡la misma tallita los dos!" —terminó diciendo con una sonrisita que quería hacerla natural y captarse la simpatía de su víctima.

—"Yo no tengo muchos ternos que digamos, ¿no?, pero le buscaré alguna cosita que le sirva ¿no?, ¿y para qué necesita terno civil usted, no les dan en la Empresa dos tenidas de uniforme?"

—"Si caballero, pero usted no sabe ná lo que me pasa a mí. la Empresa me echó de la pega, fijese, trabajo hasta mañana no

más, al salir tengo que entregar todas estas dos pilchas y no tengo ni un paltocito, ¡ni pantalones de milico tengo siquiera!”.

—“¿Cómo? ¿y trabajando aquí no le ha alcanzado para comprarse alguna prenda, alguna ropa alguna vez? ¿qué es lo que hacia la plata? ¡ah! ¿las carreras con seguridad, o el traguito tal vez? ¡ah!, ¿cierto?” —le dijo al caballero tomándole ya más confianza, mientras el carro corría a barquinazos metálicos y ruidos poco melódicos, y Timoteo dando rienda suelta a su gran vena teatral que congénitamente poseía, le explicó:

—“Sí, yo me compraría ropa señor, pero donde hay 9 bocas que darles de comer, toitos los días ¿irá uno a comprarse ropa alguna vez caballero? Yo tengo 9 hijos, y mi mamita que todavía vive son 10, ¿irá alcanzar pa comprarme algo pa mí? ¡nunca pus patrón!”.

Estas frases dichas, acompañadas de miradas lánguidas de un hombre con grandes bigotes Dalinianos muy afilados, casi hacían sonreír por lo enroscados que estaban hacia arriba, inspiraban por ellos verdadera lástima, tanto por lo que contaba como por... sus ridículos bigotes al más duro de corazón. Este hombre captaba su voluntad, Timoteo ponía mucha vehemencia en sus acciones cuando contaba sus “desventuras”, a veces se olvidaba que era Maquinista, y que precisamente era del carro, donde iba él tratando de convencer de su “fatal situación” a un cristiano bien vestido, y que tenía él que hacerlo caminar, para eso le había dado uniforme y le pagaba la Empresa; pero él había abandonado el manejo de este vehículo por hacer su trabajito de “convencimiento”, cosa que a los demás pasajeros no les agradó, y menos miraban con buenos ojos, su absoluta indiferencia de su puesto que estaba demostrando Timoteo, en esos larguísimos instantes que tenía detenido el carro sin causa visible en el desvío de General Velásquez. Al sentir el clamor unánime del público que le lanzaba palabrotas y groserías sin medidas, para que a ver si así ponía movimiento al carro, y seguir su trayecto, optó por seguir su camino de estar impaciente y enojados, y no les rebatió los insultos ni se los contestó. Siguió calladito feliz, porque ya tenía su “chancho en la vatea”. El pasajero del buen casimir sacó una tarjeta, anotó con su pluma fuente novedosa, y esta era una de las ocasiones, el por qué realmente la había comprado, para darse tono, e indirectamente tirarse “petardo” el sacarla de su obligado encierro de

su bolsillo. Sacándola a la luz y ofreciéndola a los ojos de los curiosos, y justificar con eso el alto precio que se pagó por ella. Después que el futuro dadivoso caballero anotó en ella algunos signos, se pasó al Maquinista Timoteo Villalobos, agregándole:

—“Y por qué lo despiden de la Compañía?, ¿habrá hecho algo malo pues?, ¿ah?”

—“¿Algo malo? ¡chi! fijese que choqué un carretón lechero, le boté toita la leche, maté los dos caballos. ¡Ah!, pero lo choqué si, pero lo choqué bien campanillao, ¿ah? oiga, arrastré al carretón como una cuadra, lo llevaba pegao por delante, pero yó tócale tócale la campana toita la cuadra enterita, ¡fué pura mala suerte no más patrón!”

—“¡Ah! ¡con razón entonces pues lo echan!”

—“¡Ah, pero usted no sabe por qué choqué yo!”

—“¿Por qué?”

—“Choqué al lechero porque se me cortaron los frenos, a éstos los había hecho trabajar un poquito antes no más, por no atropellar a un chiquillo chico que estaba jugando a la línea. ¡Veo lo que el Destino! Por no matar al chiquillo fregué los frenos y éstos mismos me hicieron falta pa no pegarle el quiño al lechero. No me creyeron, y ahí me tiene despedido pa mañana caballero. Si es mi mala pata no más que me persigue. ¡Con qué tomo testigo me había salvado!”

—“Oiga, tome —le dijo el caballero compadecido aun más de este fatal bigotudo con cara de santo—, vaya a mi casa, en esta tarjeta está mi dirección, es cerca, Velásquez 345, pregunte por la señora Dora, ella le entregará el terno café, está un poco gastadito en las bocamangas nada más, pero ni se nota, y también unos zapatos negros, tiene un taco un poquito chueco nada más, están nuevos, son del número 41, ¿le quedarán bien a usted?”

—“¡Chi, claro!, ¡si ese es mi número! ¡me quean rebién los del 41! no le igo yo caallero, tenemos igualito too los dos, la talla de los ternos y el número de los “caminantes”. ¡No sabe cuánto le voy a agradecer caallero todo esto!”

—“Si está bien, vaya no más a esa dirección, y mi mujer le entregará esas cositas, ¿no?”

—Bueno señor, oiga señor, ya se me salen las lágrimas de contento y agradezco por lo que usted hace por mí —dijo Timoteo porque malició que el caballero bueno se aprontaba a descender abandonando el tranvía.

—Hasta luego, vaya pues donde le dije, ¿no?”

—Sí, claro señor, muchas gracias. ¡Mire que no voy a ir!, ni que estuviera loco dejaría de ir, ¡cómo se le ocurre! —Y dejando las manivelas del manejo motoril, sacó de su bolsillo el infaltable y característico gran pañuelo, pariente cercano de una sábana por su longitud y dimensiones, para pasárselo por donde se lo pasaba siempre, por los "llorosos ojos". Tomando esta inmensa e histriónica precaución para que lo viera su reciente Mecenas. Su acción que siempre surtió el efecto deseado en todas sus chantageadas víctimas. Las benditas personas decían todas las mismas frases siempre, cuando divisaban los pliegues de ese inmenso pañuelazo:

—¡Pobre hombre, cómo llora! ¡Miren cómo se seca las lágrimas con su pañuelo!

Y así sin saber, ellos aumentaban con su candidez el número de los inocentes explotados por este truhán de Timoteo Villalobos, que desempeñaba el puesto de maquinista de tranvía N° 866. Y este hombre, que había contado que iba a quedar cesante, nunca había tenido ni la más mínima notificación... últimamente de cesantía, ni para mañana, ni pasado, ni tampoco tenía 9 hijos ni madre viva a quien alimentar. Todo lo inventaba, y parecía que de repente de tanto repetir estas fantásticas lamentaciones como un viejo gramófono, casi él mismo ya estaba por convencerse que a lo mejor podía salirle verídica esa fingida y aumentativa serie de hijos...

Ese día que trabajó Timoteo en la línea 32 "Latorre", fué sólo por ese día, y él lo sabía, ¡no iría a saberlo, tan cerrado de mollera que era!, pues reemplazaba a un maquinista enfermo, de turno estable de esa sufrida línea. Por esta lógica razón él trató ese limitado día que disponía de "aprovecharlo" al máximo, de hacer la "arreada" con todos los que podían caer, crédulos pasajeros que se tragaban sus fantásticas y agiosas historias de miserias, dolores y fingidos percances...

En esos tranvías de la Avenida Latorre, avenida que también la siguen llamando Alameda, subían a menudo oficiales y tropas policiales, por encontrarse en ese barrio y sector la 11.ª Comisaría. En una de sus continuas vueltas que dió durante ese fatal día... (para los otros), le subió a la plataforma delantera, lugar en que Timoteo suprimía y quitaba movimiento a su carro, un oficial de Carabineros, un subteniente de la unidad del barrio. Tenía éste cara de bueno, dada su juventud no asimilaba aún toda la grave-

dad de su ceño característico de los años pasados en los severos y sacrificados locales, donde acude el delito en todas sus formas y expresión. Esta ingenua cara confirmaba su novicia carrera, y su única estrella plateada encajada en su presilla de los hombros que era el aviso silencioso que decía: Subteniente, grado benjamín de las jerarquías de la oficialidad en todas las armas.

Apenas le echó el ojo Timoteo al muchacho oficial, lo saludó con una perceptible venia prusiana, llevando enérgicamente su mano derecha a la visera de su arrugada gorra gris tranviaria, descuidando con este innecesario rígido saludo militar que le hizo al imberbe oficial, la palanca de frenos del carro. Pero él sabía por qué arriesgaba todo "eso". Había recorrido sólo dos escasas cuerdas el tranvia, cuando el magín de este desconsiderado maquinista ya tenía sus líneas tiradas, le "pegaría" a él un sablazo. ¡Oh ironía!, a un ser que portaba espada de acero fidedigna le daría un "sablazo".

Como pudo se acercó Timoteo al maquinista al oficial, lo que más pudo a medida de lo que le daban sus brazos, para no abandonar sus manijas del manejo y conducción, y con su estudiada cara ya veterana en este menester, le dijo:

—Oiga, mi teniente, este... este... no hallo como icirle, mi teniente... este...

—¿Qué le pasa?, hable no más hombre!, qué es lo que quiere decirme —dijo el oficial, aumentando artificialmente su timbre de voz, para indicar que poseía energía a pesar que sólo tenía una escuálida estrellita sobre su presilla joven.

—Es que sabe, mi teniente..., hoy es Santa Rosa, y mi mujer se llama así, y no hallo cómo hacerle un regalito. Usted sabe, mi teniente, cómo son las mujeres de sentimentales y fregá, ¿cierto? Usted sabe mejor que yo cómo son estas diablas, si uno no les regala algo en el día de su santo, se sienten y se "taiman" se "amarran".

—Bueno, ¿y qué relación tiene todo esto que me dice a mí, ah?

—Es que yo no hallaba quien me prestara... sólo hasta mañana \$ 60.—, pa' comprarle a mi mujer su regalito, y yo pensé en usted mi teniente, ¿me los podría prestármelos?, pa' poerle llevarle una taza que diga "Feliciá"?, ¡ah!, pero con su platillito, ¡ah!, y una tarjetita postal que ya le tengo vista en la Librería "El León" y si me alcanza, también su par de pastelitos de la "San Camilo".

que son rericos ahí. ¿me los presta, mi teniente, yo mañana sin falta se los devuelvo. Yo trabajo siempre aquí, tengo turno estable en esta línea —terminó este achacoso y mentiroso discurso de petición, mientras hacía andar y detener su carro en esquinas y paraderos.

—Bueno, yo a usted no le conozco mucho, ni sé quién es.

—¡Un maquinista, pues mi teniente! —dijo cínicamente Timoteo.

—Sí, pero en vista de la causa que origina, el tener el valor para pedir prestado dinero a alguien que no se conoce, y por tratar de hacerle, según manifiesta, un obsequio a su esposa, le voy a prestar esos \$ 60.—, ya lo encontraré a usted para que me los devuelva cuando pueda, y estimo yo que trato a un hombre serio, ¿no?

—¡Chi!, claro mi teniente!, yo cuando debo algo —decía el descarado mentiroso— la conciencia no me deja tranquilo hasta que no pago; pierda cuidado mi teniente.

El oficial sacó de su billetera no muy abultada de dinero y en forma muy reservada los billetes, hasta completar los \$ 60.— pedidos, pasándoselos a Timoteo el maquinista pedigüeño.

—¡Muchas gracias, mi teniente!, ¡no sabe cuán feliz va a hacer la vieja con lo que le voy a regalarle con esto!, ¡nunca!, ni un año le había fallado su regalito mi teniente, y ahora tampoco quiso la Santa. Tengo un núdo en la garganta, mi teniente —dijo estas fingidísimas palabras de emoción y sacó otra vez su descomunal pañuelo, y empezó a repasar con técnica completa del arte escénico, con gestos, mímica y todo, la escena del lloriqueo; la hacía muy bien, debido a la continuidad de este recurso del sollozo. Le salía muy bien, muy real. El generoso y crédulo teniente, con su actitud desprendida, inocentemente le hacía aumentar el record personal de incautos que llevaba Timoteo Villalobos anotado en su invisible bitácora. Este artista era inigualable en estratagemas diplomáticas para dismantelar al prójimo. Cuando descendió el oficial, éste saludó al maquinista con la mano en la visera, con una satisfacción tan grande que le rebalsaba el uniforme por creer haber hecho realmente una buena obra social y sentimental. Al alejarse del terminal del tranvía de Alameda con Matucana, el teniente miró para atrás; apenas el maquinista observó que este dadivoso oficial lo miraba desde lejos, ipso facto sacó cuán largo era su leal pañuelo, y para que no fuera dudosa su visibilidad a las pupilas del

teniente, ensayó nuevamente su tradicional restregadura postiza de sus ojos. El oficial, poco ducho en la comedia de la vida, también se tragó "la píldora" con el "copioso llanto", del cual poseía este truhán, astuto y pillo de Timoteo mucha reserva en sus ojos. El teniente se paró momentáneamente asombrado, que un hombre hecho y derecho, con viriles y graves bigotazos, pudiera emocionarse y llorar sólo por "eso". Dió una lejana mirada preñada de compasión y lástima al maquinista llorón, repitiendo sólo para él lo que todos decían en igual y misma escena:

—¡Pobre hombre!, ¡cómo llora!

Y en esa ocasión este mismo hombre "llorón" estaba pensando para sí, ésto:

—¡Otro caído del catre que se pega su costalazo!, pero éste vale más, porque teniendo medio ni que sablecito, yo fuí el que le pegó el sablazo; —sonriente guardó nuevamente para otra ocasión de candileja su fiel socio de bambalina, el forzado al cinismo el inocente pañuelo...

Cambió sus técnicas herramientas en su carro, que en este preciso terminal el tranvía se devolvía por la plataforma trasera reiniciando un nuevo viaje hacia el Poniente, mientras el cobrador cambiaba de posición el largo fierro portador de corriente y energía, el tomacorriente, Timoteo miraba con sorprendente visión la extraordinaria afluencia de pasajeros que salían como hormigas humanas del carro 32. Eran como las 6 de la tarde de un día de Mayo, hora en que en este tranvía modesto y ajeno a otro espectáculo que no fueran las movidas escenas del pueblo que merodea en gran número por alrededor de la Estación Central, iba lleno de obreros, modestos empleados de escuálida renta mensual, pero de inquietudes superiores a los otros en el vestir, aunque el estómago padezca fieros y melodiosos retorcijones tripales. Volvían a sus viviendas que les servía de sitio donde pernoctar la noche. Habían salido a sus trabajos diversos en la mañana con el principio de la claridad del día, y volvían con el principio de la obscuridad del mismo día. Esa tarde era extraordinaria la concurrencia con que iba a partir de nuevo el carro manejado por Timoteo. Este conglomerado de público fué lo que hizo a Timoteo concebir a su pensadora cabeza, alguna idea que fuera esta feliz portadora de un método u ocurrencia. ¡Cómo explotar y esquilmar monetariamente tan apetitoso número de personas que le tendrían que pagar sus pasajes a su compañero de labor, el cobrador?, y mefistofélico

mente pensó para sí, bueno, esto no tenía nada de nuevo ni raro, porque en eso no más se lo llevaba lo más de su tiempo, pensando para sí, y decía así:

—¡Y si pudiera yo cobrar esos pasajecitos para mí, y no el cobrador?, ¿pero cómo?. ¡Ah!, ¡ya!, ¡ya!, ¡la pillél!, ¡claro!, ¡claro!

Sus apetitos de dinero eran insaciables. Era como el tonel de las Danaides, nunca se llenaba. Sus ideas para conseguirse lo que por él todo el mundo lucha, se conjugaban con su hambre de dinero nunca satisfecho; optó en este caso como su privilegiada imaginación le indicaba, y su cerebro le iluminaba para estos desfachatados menesteres.

Al partir el carro con su racimo de carga humana, Cristianos pasajeros de todas calidades y cualidades, higiénicos, olorosos algunos, los demás... todo lo contrario, "Contento" el maquinista iba, a pesar que era tal la cantidad de pasajeros que lo llevaban atracado junto a su motor, aprensado, iba como un pan de luche. Urgido por esta causa, debía manejar ese racimo humano con mucha dificultad. No obstante eso ya llevaba lista su hábil estratagemas para ponerla en práctica, y la inició así:

No había andado tres cuabras de recorrido quejumbante el tranvía, cuando éste se detuvo improvisadamente sin poder continuar su marcha a pesar de las protestas en alta voz del público. Timoteo, en su papel ceremonioso de maquinista, hacía la apariencia visible que su vehículo se le había descompuesto, cosa creíble, porque estas "panne" a los viejos carros eran comunes y seguidas. Pero la "panne" de ese momento, la había fabricado e inventado y hecho intencional Timoteo. No había tal "panne". Era imaginaria. Este maquinista había detenido el carro ex profeso, hizo unas cuantas maniobras teatrales de manejo, y varios tanteos, haciendo ver que hacía esfuerzos inhumanos para solucionar el "desperfecto". Abría la tapa lateral del "Controllers", dejando al descubierto todo el desnudo esqueleto del motor, lleno de cobrizados contactos, tornillos raros, pernos, embobinados, etc. Todas las partes ignoradas del motor eran observadas con avidez por los pasajeros, que abrían tamaños ojos de novedad y atención, como si estuvieran presenciando la exposición del mecanismo de algún aparato de reciente invención.

Cuando el maquinista 866 tanteó que ya había hecho buena dosis de "teatro" con el trunco arreglo del taimado motor alemán, con una seriedad que pasmaba, y en esto le ayudaba mucho su

cara especial de hombre serio y sus abundantes mostachos kaiserinos, que infundían respeto al más golfo de los presentes, se dirigió en alta voz para que todos escucharan a su cobrador. Este era un novicio en su oficio, y con cortantes palabras le dijo:

—¡Oiga, compañero cobrador!, la "pana" el motor es re joda, y va pa'largo, vaya de una carrera a la Garita Central de Plaza Argentina, avisarle al mecánico pa'que venga pacá, ellos no más saben arreglar estas guañanzas. ¡Vaya luego, pues, colega!

—¿Y, cómo quea aquí la cobranza? —dijo todo tímido el novicio cobrador.

—Esa éjela así no más, el carro es el que apura, vaya onde le igo no más compañero, sino ¿hasta qui hora vamos a estar pegao aquí?, ¿ah?, ¿o quiere que ños peguen?

El cobrador estaba en apretado dilema. No sabía qué hacer, si hacerle caso a su maquinista o seguir en su específica faena de cobrar y cobrar pasajes. Pero como viera en las diversas facciones de todos los que oyeron la prepotente orden que le hiciera Timoteo, que asistían con sus miradas a que le hiciera caso y obedeciera a la orden apropiada y oportuna que le insinuaba y sugería su compañero de trabajo, decidió ir a buscar al mentado salvador y arreglador de pannes, el mecánico de turno de la Garita Central de Plaza Argentina. Desde ahí, donde quedaron inmobilizados hasta donde estaba el mecánico habían cerca de tres cuadras de distancia. Decidido, saltó para afuera del carro "apanado" en busca del único que lo podría hacer andar. Timoteo le dijo:

—Apúrese, váyase corriendo. Usted es joven, colega; mire que estamos atrasando al otro carro que nos está esperando en el desvío. Dígale al mecánico que se venga al tiro, que ya la gente nos quiere "fletar", ya se nos viene encima —terminó de recomendarle Timoteo al crédulo y novato cobrador, que se le hacían cortas sus piernas corriendo en demanda de la garita a pedir auxilio al mecánico. El cobrador sumiso y obediente a las sugerencias de Timoteo, daba una real exhibición del buen estado atlético de sus largas piernas, y demostraba que tenía pasta de campeón para las pruebas de medio fondo. El tren que llevaba era endemoniado, fácilmente iba corriendo con un tiempo que sería de 3.54" para la carrera de los 1.500 metros. Su uniforme pique y la velocidad acompasada de sus trancos, a pesar del uniforme grueso gris que llevaba encima este cobrador, demostraba que en

su físico había pasta para ser decatleta, si no olimpico por lo menos sin duda, pre olímpico. El tiempo que echó en su carrera a la garita este cobrador, debió ser todo un señor record digno de figurar en algún cuadro de honor de cualquier club atlético. Tal vez nunca se le homologará este buen tiempo con que cubrió esa distancia este cobrador atleta. Pero fué un espectáculo la carrera que hizo. No corría, sino que volaba.

Cuando Timoteo se cercioró que su compañero había tomado en serio la llamada al mecánico, y se alejaba como un bólido, que parecía que la velocidad de sus piernas eran su fuerte en él, rápidamente destapó el "controllers", hizo unos raros manipuleos innecesarios al desnudo motor. Luego dijo con todo cinismo y desparrajo al auditorio inmenso de pasajeros:

—¡Mire si será tincado esta moleera de carro!, ahora que fué mi compinche a buscar al maestro mecánico esta lesera se arregló sola, ¿serán? ¡Parece cosa el diablo! Luego tanteó y comprobó que su "pana" imaginaria había desaparecido, "pana" que él mismo había inventado e ideado, con el fin poco varonil de alejar lo más posible al cobrador. Luego que ya hizo ver al público y los convenció que había "arreglado" el carro, y éste podía reiniciar y seguir su recorrido, dijo:

—¡Ah!, ya está bueno; como todos ustedes están reaburridos vamos a seguir el viaje así no más, sin cobrador.

Los pasajeros ya impacientes por el largo descanso obligado que habían tenido se les alegró sin querer sus rostros hoscos que tenían. Timoteo, imprimiéndole número al motor por medio de su vieja manivela, hizo que el carro tomara lenta marcha hasta llegar a la velocidad tope con el número 9, reiniciando así su trunco recorrido a su destino, que había sido "saboteado con toda premeditación" y descaro por su mismo conductor. Ya en la segunda cuadra que seguía el carro con su veloz marcha, muchos pasajeros se alegraban de esto por dos razones poderosas: una, que el carro iba muy ligero, y la última, porque había muchas expectativas así como iban las cosas, de hacer el viaje ¡sin pagar!, ¡podía suceder, pues el carro no llevaba cobrador! Pero los que esto pensaban, y que eran poquísimos los que no tenían los mismos pensamientos sobre el vulgar pago, ignoraban qué clase de tipo era el que dirigía y hacía correr el tranvía. Otros tal vez habían cambiado la forma de reiniciar el viaje, esperando al recaudador de los pasajes. De pronto paró el carro otra vez unos instantes más

de lo corriente. Nuevamente se pensó en una nueva "panne", pero no había tal percance, lo había hecho a propósito Timoteo a la vista del extrañado público y con una desfachatez increíble, a pesar de su cara grave y rubricada con tan famosísimas porciones de pelos que parecían crines hecho bigotes, dijo en alta voz al hacinamiento de pasajeros:

—¡Caalleros pasajeros!, como no está el cobrador, porque anda en trámite de servicio, yo voy a cobrar los pasajes por él, porque él tiene que dar cuenta de todos los boletos que vende en cada vuelta. Así que ustedes páguenme a mí no más, y yo se la entrego a él la plata, entonces él corta después los boletos, uno por cada chaucha que ustedes me han entregao. ¡No ven!, así que señores pasajeros, pagar no más pa'poer yo seguir el recorrido rápidamente, mientras más luego me desocupe cobrando más al tiro me las echo de un viaje. ¡Ojalá me pagaran con sencillito, ¿eh?

Todos los asombrados pasajeros oyeron estas palabras como si hubieran sido dichas en idioma griego. Les costó captar el significado de ellas y de esta cobranza tan original, hecha por el maquinista, y... ¡sin dar boletos! Pero como estaban apurados en llegar de una vez a sus destinos, después de unos segundos interminables de tediosa espera, optaron refunfuñando pagarles a Timoteo sus pasajes, no sin antes que cada uno le daba unas feroces miradas, que eran unos tremendos signos interrogantes de dudas que tenían sobre tan irregular cobranza. Más de algunos al pagarle la moneda de veinte centavos le sonreían maliciosamente con rictus de indisimulable sátira, como queriéndole decir:

¡Ah!, ¡ah!, estas chauchitas usted nunca se las va a entregar a ningún cobrador, ¡se las va a dejar para usted!

Una vez que todos pagaron, convencidos que estaban siendo cómplices de una maquinación no honrada, Timoteo dijo con cínicas palabras:

—Yo lo único que hago es ayudarle al pobre cabro a cobrar en la cobranza, naa más.

—¡Ojalá pa'vó que lo ayuí toos los días así, luego te vai hacete rico —dijo un rotito cargador de la Estación Central.

—¡Chi!, usted que es mal pensao, ññor!, ¡me avisaba el corazón que me ¡han a decir eso! ¡Cree que la Empresa no me pagalo serán mocos e'pavo lo que gano!, ¿ah? —repelió la chirigota Timoteo con postizo enojo y poniendo una artificial mala cara, para darle real veracidad a su "irritabilidad" y darle "color" a la escena.

Les cobró a todos, sin que se le quedara ni uno sólo de "pavo". Luego tomó la manija y echó andar nuevamente el carro cuesta abajo, hacia el Poniente de la Alameda. Todas estas triquiñuelas como se adivina, eran sólo el producto de la audacia de este portento de cristiano tan sagaz en maquinaciones dudosas y dolosas, que había aguzado el ingenio en el sentido de inventar esta su puesta "panne" mecánica de su vehículo, para así tener base para echar a "volar" al cobrador que le estorbaba para su cometido. En cuanto hizo salir a éste del carro echó andar ligera y velozmente el tranvía, para luego dejarse caer como gavilán a las numerosísimas chauchas apetitosas, que los pasajeros se la dieron no de muy buen agrado. Claro que el sistema y modalidad para adueñarse de esas monedas no era muy vulgar ni trillado. Pero también dejaba una desconfianza y dudas enormes en las mentes del tropel de apacibles y pacientes pasajeros, por tan peculiar y vivo interés de la recaudación, que demostraba en forma práctica personalmente, este maquinista bigotudo con cara de hombre muy serio.

Cuando llegó al sitio del suceso el maestro mecánico junto con el cobrador, ambos estaban acesando por el esfuerzo físico que hicieron en una carrera pedestre por llegar cuanto antes a reparar la tal "panne". Pero llegaron al sitio preciso donde "debía estar" el carro, y... ¡estaba desierto! No había ni luces de él, sólo se le veía a lo lejos que caminaba, divisándose su parte posterior, pero muy lejos. Se miraron los dos hombres e inspeccionaron con sus ojos a un mismo tiempo al confín donde seguía la línea férrea. Allá lejos se divisaba la descolorida carrocería amarilla del carro, que se apreciaba que sus motores de propulsión eléctrica no mostraban en esos instantes ninguna "panne" que pudiera hacer necesaria la presencia del todo grasiento y enfundado en ese overall azul, el maestro mecánico, que venía cual médico con todos sus correspondientes aperos y "bisturís" metálicos a propósito para curar y aliviar males del cuerpo inanimado del tranvía.

Cuando vieron en lontananza la grupa del "enfermo carro", dijo extrañadísimo el novato cobrador:

—¡Bah!, habrá arreglado entonces el carro el maquinista. Cuando yo me bajé, éste no quería partir por ninguna de las dos plataformas. ¡Qué raro!, y tan lejos que va ya! ¡Y se jué sin mí!

—Diga cobraor, ¿con qué maquinista anda usted trabajando?
—le preguntó el mecánico para indagar e interrogar posteriormente

a este conductor la causa y forma de la "panne", y lo que es más novedoso, cómo hizo para arreglarla tan de repente.

—¡A ver, a ver! —dijo el cobrador "avispándose" y poniéndose "saltón" del por qué el maquinista había partido sin su necesaria figura con su correspondiente rollo de boletos. Sacó su carpeta donde iban anotados todos los datos de filiación de ambos. Principió a indagarse leyendo los precisos datos ahí anotados.

—¡Aquí está!, es el maquinista 866, a ver Timo... —no lo dejó terminar el mecánico, porque éste pegó un grito diciendo:

—¡Ah, ya!, ¡es el 866! ¡"Alas para Chile!" ¡Por eso po'íñor, nos hizo lesa a los dos este carajo!, a usted le metió no el deo, ¡le metió toa la mano en la boca! Por eso es que a mi me hicieron tirar carreta pa'acá, ¡chi!, ¡otro tal vez iba a ser!, ¡el famoso "Alas para Chile", pues! ¡Por qué andará trabajando por aquí en la 32 ahora? —pegándose el mecánico burlado al decir estas largas frases, una ligera palmada con su grasienta palma en su frente sudorosa, producto de la forzada carrera que recién había cumplido. Si asombrado estaba este mecánico por esta nueva proeza de su inagotable repertorio que poseía Timoteo, inmensamente más estaba el cobrador, por lo que le acababa de oír y observar la cara asombrosísima del azulado y sudoroso maestro mecánico. Luego, feliz y sonriente, como quien sale de una sorpresa ya conocida, el cobrador interrogó:

—¡Ah!, ¿ese al que le icen "Alas para Chile" es el maquinista mío?

—¿Qué no lo conocía usted? ¡Ah!, ¿es nuevo entonces usted?

—Sí, soy nuevo, tengo 8 días no más e cobraor.

—¡Ah, por eso!, entonces no sabe ná usted con la "pastita" que está trabajando, es el tranviario más "vivaceta", más ladino y el más resinvergüenza que tiene la Empresa. Les pega "palo" a medio mundo, ¡y no paga renunca el cargante!

—¡Ah!, por eso entonces que a mi apenas me vió me pidió \$ 10.— prestao, me agarró a cuento, que era pa'sacar un certificado de nacimiento de él, para recibir una herencia de una hijuela allá pal Sur.

—¡Mentiras, ñor!, ¡puras pamplinas no más!, aquí en la Empresa tiene "macheteado" desde Jefes hasta el último interno aseao. ¡Y no paga jamás!, a usted lo pilló en la hora e'tonto, igual que a mi una vez.

—¡A usted también lo ha clavado con plata?

—Chi, claro!, ¿a quién no? Fijese que a mi me debe \$ 50.—
hace como dos años, y nã ni nã.

—¿Y no se los cobra usted?

—¿Y qué saco? ¿Sabe lo que me dice cuando le cobro?, me dice así: "A usted maestro, tal vez nunca le puea devolverle los \$ 50.—, pero yo negárselos, ¡nunca jamás!" ¿Se a cuenta la pechuguita que se gasta este bigote e columpio?

—¿Pero si yo no lo conocía ni e nombre, ni e número, primera vez que trabajo con él!

—¿Claro!, por eso le macheteó los \$ 10.—, y lo echó para abajo a que me fuera a buscar a mi. ¡Quién sabe qué pillería quería hacer!, o ya la ha hecho. Y no quería que usted estuviera presente. ¡Esa es la maire el cordero!, ¿le apuesto?

—¿Qué pillería podría ser?, ¿qué cree usted, maestro?

—Me tinca, me tinca, ¡no me castigue Dios lo que pienso!, que este care callo va a cobrar pa'él too los pasajes!

—¿Pero si yo tengo el rollo de boletos aquí!, ¿cómo?

—¿Pero eso qué?, ¿cree usted, colega cobrizo, que no se las va a inteligenciar "Alas para Chile", para no necesitar boletos para cobrar?, ¡chi! tan... que es él —aquí subrayó una clásica palabra grosera en tono diminutivo, popularísima, pero muy reñido su origen de su acepción con la Academia de la Lengua. Aunque hay más de alguno que se tiene simbólicamente por miembro de ella, y en ocasiones constantes se propasan y la repiten como cualquier deslenguado.

—¿"Oiga, y por qué le icen "Alas para Chile"? —preguntó con ansiedad el cobrador".

—¿Bah!, ¿no sabe entonces ñor?, ¿no se fijó la cara que tiene?, ¿no le loreó los bigotitos que se gasta?

—¿Claro!, ¡claro!, le pusieron así por los bigotazos que los tiene como alas de aviones —terminó de decirle el mecánico, que tenía intenciones de hacerle la apología de tan mentado "Alas para Chile".

Este sobrenombre lo había adquirido Timoteo Villalobos, a raíz de una colecta popular que se hizo y que se efectuó en todo Chile, en el día del natalicio de don Bernardo O'Higgins, el Miércoles 20 de Agosto de 1941, cuyo fin era reunir fondos para ampliar ayudar al incremento de la aviación civil chilena. A manera de frase de propaganda característica, o "slogan" que se explotó y usó para ese fin fué este: "Dé su óbolo para Alas para

Chile". Sus compañeros y todo el gremio le puso a Timoteo, maquinista 866, este gracioso sencillo e inofensivo apodo, por la costumbre de usar y llevar siempre bajo sus narices ese par de bigotes negrísimos, pero pulcramente cuidados, afinados, relamidos y pacientemente retorcidos, terminados éstos en sus extremos, en agudísimas puntas hacia arriba tan varonil enseña pilosa, al estilo del pintor surrealista y polifacético Salvador Dalí. Lo bautizaron por sus clásicos bigotes, con el lema que andaba de afiche en afiche, y de boca en boca en forma de pegativo y contagioso slogan: "Alas para Chile", significado que se asemejaba a sus risibles bigotes, a alas de aviones. Al principio herido en su personalísimo bigote, Timoteo se "ajizaba", y se comía "el buey" como le decían y repetían sus camaradas de uniformes. Pero luego cambió de táctica, no se ofendía, al contrario, se enorgullecía calladamente, por un invisible honor que le compararan sus recios y afilados bigotes como las alas de un medio de transporte tan modernísimo como lo es un avión. Era ese apodo menos lesivo y repulsivo a los oídos, al otro sobrenombre que le tenía patentado antes, que era el horripilante y poco honrado apodo de: "El dedo de tela emplástica". No había duda, era preferible este último bautizo de nombre, más "elevado", más honorífico y moderno, carecía de lo vulgar y chabacano. Se dejó apacible, corderamente, si se permite la acepción, que lo llamaran con el slogan de la colecta aquella: "Alas para Chile".

Demás está decir que ese único día que Timoteo trabajó en la línea 32 hizo una bonita "arriada", con pasajeros civiles, Oficiales de Carabineros, Cobradores, etc., y la "tortita" que se engulló con el carro lleno de pasajeros que le pagaron a él. En esa línea nunca más se supo de él, no trabajó más ahí, le sacaba el cuerpo el tiempo que podía ir allá, era peligroso por sus acreedores que sembró en ese solo día, no era conveniente tener de acreedor tan cercano, a un oficial de fuerza armada, a un Oficial de Carabineros, era peligroso, y para evitar ese peligro y... pagarle los \$ 60, nunca jamás manejó "Alas para Chile" otra vez un carro en el barrio Pila un tranvía línea 32.